

LA FIESTA DE LA RAZA¹

RAZA ESPAÑOLA no se mostraría digna de su nombre y del espíritu que la informa si no concediese atención preferentísima al gran movimiento de amor y de aproximación de la estirpe que, como torrente represado que halla al fin ancho cauce en que verterse, manifiéstase, cada año con más briosa energía, en más amplia extensión y con más ferviente y magnífica unanimidad, en la Fiesta de la Raza.

Y es que, contra lo que auguraban los pesimistas, los catones, los extranjerizantes y los despectivos, los que se jactan de impenetrables a todo impulso y a toda luz de lo alto, aquellas primeras manifestaciones de afecto -¡tan ridículamente ridiculizadas por los miopes del entendimiento!- eran los primeros chispazos del gran incendio espiritual que prende hoy en cien millones de almas y enrojece el oriente de la Historia con el fulgor de un nuevo día. Es que a los dos lados del Atlántico florece en los espíritus, como en triunfal primavera, la semilla de fe, de hidalguía, de heroísmo, de cultura, de amor que España sembró a manos llenas sobre la faz de dos mundos.

Y sepan los botos del alma, los que se duelen del derroche de lirismo de estas fiestas, como se dolían los fariseos del que tenían por *desperdicio* del unguento de nardo con que Magdalena ungió los pies a Jesús, que esos derroches de lirismo y de unguento de nardo señalan siempre en los espíritus el incendio y el rapto del amor y de la fe, únicas virtudes capaces de renovar el mundo y de crear edades nuevas en la Historia.

Y ¡ay del hombre y del pueblo que no sientan vibrar las cuerdas de nuestra gran lira interior cuando las roza una ráfaga de viento de lo alto!

Hoy las mutuas atracciones entre España y su América no se limitan a fugaces verbalismos de postres de banquetes: hoy es un movimiento ascendente, unánime, avasallador, el que afirma la unidad de nuestra raza, el que nos grita con la gran voz del instinto, con las altas voces de la conciencia, que aquel magno imperio que España fundó, partiéndose en dos mitades, no eran traillas de gentes sojuzgadas: era, y es, una inmensa familia étnica, que hoy se siente alentar de una misma vida y animar de una misma alma

¹ Blanca de los Ríos: "La Fiesta de la Raza", *Raza Española*, n.º. 10-11 (1919), pp. 79-81. La escritora procuró estimular las comunicaciones e intercambios entre ambas orillas del Atlántico. Además de números discursos, escritos y conferencias sobre la relación entre España y sus antiguas colonias americanas, su principal acción en este sentido fue la creación de la revista *Raza Española* dedicada a difundir todo tipo de escritos y referentes que, desde los descubrimientos, habían contribuido a la gestación del gran imperio español y al desarrollo de todos los pueblos hispánicos. En este artículo realizado con motivo de la celebración de la Fiesta de la Raza, Blanca de los Ríos ensalza la gran comunidad espiritual que conforman todos los pueblos hispánicos.

con nosotros. Y esa magna alma, propia, inconfundible con las de las otras familias humanas, es la heroica, la sublime alma de Hispania, que conquistadores y misioneros pasearon como una antorcha por el mundo que descubrimos, encendiendo en su eterna luz toda una estirpe de hombres, que por las divinas y las humanas leyes de la herencia, españoles serán mientras arda en ellos el espíritu.

Por eso la fuerza que nos arroja a los unos en los brazos de los otros tiene, a la vez, la violencia irreflexiva del amor, los salvadores arranques del instinto, el ímpetu de las grandes reacciones justicieras de la Historia: el brioso empuje de los enormes movimientos sociales impulsados por las energías de todos los egoísmos, de todos los intereses, de todas las ambiciones, de todos los cálculos, y encendidos por la súbita llamarada de las reviviscencias de glorias, atavismos, orgullos e ideales que nos juntan en un inmenso todo indivisible.

Ahora no son ya los poetas, los ensoñadores, los ilusos, ni los castizos arbitristas: son los Jefes de Estados, el Rey de España y los Presidentes de las Repúblicas hispanoamericanas; son los Cuerpos legislativos; es la Iglesia y el Ejército; son las sabias Academias, las Universidades, las Escuelas, los Ateneos, los Centros todos de enseñanza y de cultura; es el Teatro, nuestro gran teatro de raza, cuya voz llevan aquí dos comediógrafos ilustres; son las Cámaras de Comercio, las Sociedades de turismo y deportes; son los escritores y los artistas y los industriales y los comerciantes y los agricultores y los proletarios; es la Prensa y las entidades femeninas; son los niños; son los estudiantes, la gloriosa juventud de la estirpe; son los españoles de las dos Españas los que arrojan por encima del Atlántico los innúmeros hilos de oro y de luz con que vuelve a tejerse, la regia púrpura de la Hispania, cuyo imperio, no ya de dominio, de amor y de espiritualidad, se integra y se extiende por ambos mundos.

RAZA ESPAÑOLA no ha querido que este número extraordinario se anticipara, sino que siguiera a la Fiesta de la Raza, para poder recoger en sus páginas los ecos de gloria y de júbilo del gran día.

B. R.